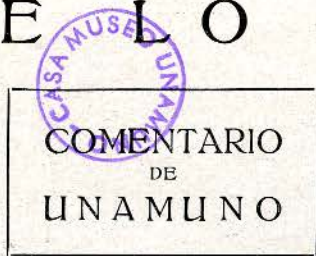


# NO EXISTE LO PRIMITIVO

9-10



CUANDO estuve en Granada—¡ya hace años!— conocí allí un hombre de ingenio singular y digno de codearse con aquel Sáinz Pardo, también de Granada, que al preguntarle una señora si se llamaba Sáinz, Sáez ó Sanz, contestó: «Es igual, señora; la cuestión es pasar el rato.» Benítez era, creo, sombrerero y tenía parte en un taller de reparación ó, mejor, confección de muebles antiguos, que con él visité. Me estuvo mostrando los secretos del arte de falsificar antigüedades, y de pronto me dijo: «Ahora vamos á hacer para un norteamericano las puertas primitivas de la Audiencia, de las que se copiaron las que ahora tiene.» «Y esas—le pregunté, sonriendo—, ¿son las primitivas?» Y me contestó el gran Benítez: «¡Quiá! ¡No señor! Las hemos visto substituir... ¡Nunca ha habido primitivas!» Y esta última sentencia me pareció algo de inaudita profundidad histórica; algo para meditado por arqueólogos y tradicionalistas. ¡No existe lo primitivo! Benítez, el sombrerero granadino, era un profundo pensador. Y sin duda conocía mejor que nadie la psicología de su clientela. En una sombrerería se aprende mucho.

Ernesto Renán, en sus *Recuerdos de infancia y de juventud*—¡qué hermosa obra!—, nos dice que él había visto el mundo primitivo, que en su nativa Bretaña vivía, antes de 1830, el pasado más remoto. Puede ser que luego, en el Seminario, se entrase de que no existe lo primitivo, como asentaba el gran Benítez, el granadino. Porque los Seminarios diocesanos son talleres de falsificación de antigüedades. Allí no se estudia más que copias y compilaciones y reproducciones en yeso. Las autoridades son comentaristas, glosadores, compiladores; se huye de las fuentes.

Así se explica uno que sea tan frecuente que los clérigos se extasien ante todo escritor de calco, de falsificación arqueológica y que propendan á escribir en un estilo falso. Acabamos de ver que un Tribunal de oposiciones á escuelas de primera enseñanza ha puesto como texto para el análisis gramatical—¡ese hórrido ejercicio arqueológico del más estéril y desecador verbalismo!—no un texto castellano del siglo XVI, ó siquiera del XVII, no algo vivo y genuino, ni un texto actual, el castellano que hoy se habla y se escribe, sino de la novela arqueológica *Ave maris stella*, de Amós Escalante, marqueteada, que no escrita, á puño, y que es uno de los más escandalosos calcos que poseemos. Es algo, en su género, tan detestable como la manera—no estilo—del P. Miguel Mir, ex jesuita, que escribía lo que él reputaba ser castellano como un aventajado seminarista puede escribir en latín, teniendo la mollera atiborrada de frases de los clásicos latinos y transponiéndolas.

En una ocasión, hallándome en una librería, topé con uno de esos libros fraguados así, de marquetería y con un barniz de tradición arqueológica, y le pregunté al librero: «¿Pero hay quien

pueda resistir la lectura de esto?» Y me contestó: «Sí. Los curas!» Y añadió: «Me figuro que lo leen para aprender palabras y giros que colocar en sus sermones.» Y entonces me percaté de por qué la peor de las retóricas es la retórica de púlpito y por qué hay clérigo que confunde el modernismo literario con el modernismo religioso y le parece que Rubén Darío es de la misma denominación que el P. Tyrrell. De los cuales á lo mejor sólo sabe que son modernistas.

Es decir, que son, ¡no!, que son llamados, que se les clasifica entre los modernistas! Porque si el obispo—anglicano, no hay que asustarse—Berkeley enseñaba que «ser es ser percibido»—*esse est percipi*—hay quienes creen, á modo de Seminario, que ser es ser llamado ó clasificado. Y es natural que con este criterio se desvanezca la primitividad, la originalidad, por inclasificable. Los arquetipos se pierden sobre las nubes.

El P. Fr. José de Sigüenza, que hondamente sintió nuestra lengua y tan en primitivo la escribió, dice, sin embargo, al describir la iglesia de los Jerónimos de Belén, junto á Lisboa, que su fachada del Mediodía está llena «de florones, morteretes, resaltos, canes, pirámides y otros mil moharrachos que no sé cómo se llaman ni el que los hacía tampoco». Pero al describir—¡estupenda descripción!—la fábrica de El Escorial, ya nos dice que «no consiste la arquitectura en que sea deste orden ó aquel», en que se le llame así ó del otro modo, y hablándonos del San José pintado por Juan Fernández Mudo: «Dizen que está tomada del natural, mas no sé yo si después de la del mismo santo hizo la naturaleza tan linda testa.» ¡Admirable sentencia de estética y robusta afirmación de la primitividad artística!

Es que el P. Sigüenza, aunque educado en Seminario, sabía que «gramático quiere decir sólo el que trata de preceptos de la congruencia; que essa no es más que una práctica pobre para los niños...» ¡Ni para los niños! Y menos la que se aprenda analizando la prosa arqueológica y muerta del *Ave maris stella*, de Amós Escalante. Como no sea que este libro se escribiese para eso, para que los pedagogos se devanen los sesos—¡y qué bien cae aquí lo de *devanarse* ó vaciarse!—aplicándole la hórrida escolástica del llamado análisis gramatical. Ante el cual se escapa todo lo primitivo. Como que quien se pasa la vida estudiando fósiles, paleontología, no se da cuenta de cómo respira el pulmón, digiere el estómago ó filtran la orina los riñones. Sólo conoce huesos y á lo más pieles.

Ahora querría explicaros cómo la herejía es lo inclasificable; mas hemos de dejarlo. Benítez es quien ha formulado la esencia del ortodoxismo: «¡No hay nada primitivo!»

MIGUEL DE UNAMUNO

## EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA



E. doctor argentino Finocchietto después de la conferencia que dió en la Real Academia de Medicina sobre «Quistes del pulmón». Le rodean los doctores españoles Recasens, Cortezo, Pulido, Bastos y otros. FOT. ORTIZ